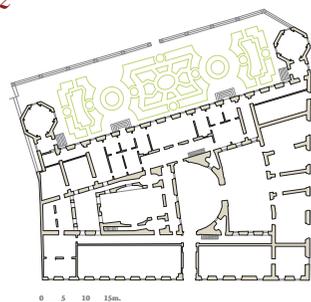


Casa de familias de los duques de Osuna en Aranjuez



Tiene la singularidad este palacio más que casa de haber servido de residencia de temporada a su célebre propietaria, la sin par doña María Josefa Alonso-Pimentel Téllez-Girón, XV condesa y XII duquesa de Benavente, y consorte de Osuna, además de titular de otros muchos estados por derecho propio y por matrimonio. Considerada la dama más ilustrada de su tiempo, la representante más reconocida y exaltada de lo que significó el acceso de la mujer al mundo de la cultura a finales del siglo XVIII, fue doña María Josefa una decidida protectora de la ciencia y el arte, y en este sentido de la arquitectura, promoviendo importantes actuaciones inmobiliarias de carácter palaciego, ya fuera de reforma y adecuación o de nueva planta, donde acoger sus eruditas tertulias, en las que participaban literatos como Moratín, Iriarte o Ramón de la Cruz, políticos como Martínez de la Rosa y Agustín de Betancourt, pintores como Francisco de Goya e incluso toreros como Pedro Romero, todos amenizados y deleitados con la música de la privada orquesta de la duquesa, dirigida por el eminente Luigi Boccherini. Se trataba de amantísimas veladas, desarrolladas tanto en los renovados espacios del palacio cortesano de Osuna, junto a la actual Plaza de España, y de su espléndida quinta de recreo de La Alameda, su famosísimo *Capricho*, como en esta casa de familias del sitio real de Aranjuez, que los Duques habían reestructurado y ampliado a partir de antiguas y distintas construcciones, unificadas tras su compra a la Corona el 14 de diciembre de 1787.

Su interés por esas fincas tenía como fin el instalar no sólo a su servidumbre sino también un alojamiento digno para ellos y para sus hijos cuando seguían a la Familia Real en su traslado primaveral al lugar, una circunstancia obligada por sus cargos palatinos y su posición social. Favoreció la transacción la voluntad del rey Carlos III de deshacerse de sus posesiones ubicadas en el tridente de la calle de Alpacés, inmediatas al Real Palacio y al Jardín del Parterre, con objeto de que su producto sirviera para urbanizar la gran Plaza Nueva o Paseo de Abastos de Aranjuez, trasladando allí diferentes y coyunturales dependencias útiles a la Corona.

Las casas adquiridas formaban parte de la manzana de Capellanes, entre las calles de la Reina y del Príncipe, denominada así por hallarse en ella la morada de esos religiosos al servicio de S.M., la cual se transfería también por entonces al marqués de Llano, si bien no la mantendría durante mucho tiempo, pues en 1792 decidía venderla a su vez al todopoderoso Manuel de Godoy para configurar su palacio. Entre las edificaciones logradas por los Osuna se encontraban la que fuera Real Caballeriza para caballos frisonos de coche y principalmente la casa del favorito de los reyes Fernando VI y Bárbara de Braganza, el cantante y compositor Carlo Broschi "Farinelli", proyectadas ambas por el arquitecto de Aranjuez Santiago Bonavía en 1750.

La ocupación de esta última casa por el genio italiano establecido en España se produjo entre esa fecha y su caída en desgracia y destierro, al acceder al trono Carlos III en 1759, y aunque no es mucho lo que se conoce de sus características

compositivas y constructivas, si se sabe que no era de gran tamaño y que debía ocupar la esquina sureste del palacio actual, entre las calles del Príncipe y Capitán, conformando una "decente habitación" sobre una cochera, más dos cuartos destinados a almacén de paja y cebada. Aquí acudían como invitados los amigos, políticos, intelectuales, cantantes y músicos, del famoso *Castratto*, convirtiéndose, por tanto, el palacio de los Osuna, desde su génesis, y antes de que fuera tal, en centro de animadas reuniones sociales y culturales.

Tras la referida venta en 1787, en la que se fijaba una superficie en planta de 1.329,94 m², los nuevos propietarios, especialmente la Duquesa, habrían de comenzar inmediatamente la ordenación, reconstrucción y ensanche de lo existente, bajo la dirección inicial del arquitecto Juan de Villanueva, que lo era del Sitio y a quien conocían los Osuna por haber trabajado para ellos poco antes en San Lorenzo de El Escorial, en 1786, realizando otra de sus casas de familias.

Su propuesta de unificación pasó por la creación de una nueva fachada, más proporcionada, bella y armónica hacia la calle de la Reina, con vistas a la entonces Huerta de la Primavera, atendiendo no sólo a un sentido arquitectónico, sino también de mejora de la perspectiva urbana en esta vía, según un plan iniciado por el dicho vecino marqués de Llano y aprobado por el arquitecto antecesor de Villanueva en Aranjuez, Manuel Serrano, en 1781. Sin embargo, aquél no debió realizar para los Osuna más que el esbozo de una idea, la elaboración de unas directrices, que explicarían los vínculos, especialmente en el nuevo frente, con su arquitectura, porque quién iba a ocuparse de desarrollarla y ejecutarla es Mateo Guill, su ayudante y colaborador, como primer teniente del maestro mayor de la villa de Madrid. Guill era además un arquitecto habitual para los Duques de Osuna, el autor en parte de la reforma del palacete de La Alameda entre 1784 y 1788, lo que es causa de los parentescos formales existentes entre una y otra residencia.

En Aranjuez, el resultado sería el de un homogéneo y unificado volumen, organizado en torno a tres patios y un gran cuerpo central, ocupado por la pieza más representativa: el salón de baile o comedor de gala, en la actualidad absorbido y desvirtuado por un establecimiento hostelero. Consistía esta habitación principal en un magnífico espacio simétrico, de planta rectangular, ensanchada con sectores de círculo en los centros de sus lados mayores, y de doble altura, excepto al fondo, pues supuestamente aquí, y en el primer nivel, se situaría la tribuna para músicos, abierta y soportada por columnas jónicas y sus correspondientes pilastras. A ella se accedía por sendos corredores laterales y escaleras, que arrancaban de tocadores ovalados, configurando cuerpos de un solo nivel sobre los que se alzaba el salón, obteniendo así éste luces del patinejo de servicios inmediato, a poniente, y por sus costados. Sobre la entrada se situaba una galería de servicio, que comunicaba con el resto de dependencias del palacio, lo cual, más los corredores citados, permitían la clara separación de comunicaciones y dependencias servidas y sirvientes, materializándose con la arquitectura, a la perfección, el protocolo y la relación social piramidal.





Un espacio singular es el semisótano abovedado del ala principal, que se conserva casi intacto, con luces al jardín y comunicación con el piso bajo por una escalera de un tramo, inmediata al patio de honor.

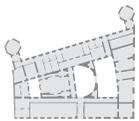
En el ala nueva, delimitada por dos torreonos o garitas de planta octogonal, que se adornaban con pilastras del mismo orden jónico, se ubicaban simétricamente las estancias señoriales del matrimonio ducal, al este las de doña María Josefa y al oeste las de don Pedro, todas comunicadas sucesivamente entre sí y con vistas a un jardín privado, ordenado en torno a una fuente con la estatua de Endimión, esculpida por Joaquín Demandré en 1791. Servía a esta serie de habitaciones de nexo de unión un gran salón de recepción, con sus paredes inicialmente pintadas de "colores más finos", como las demás, si bien destacaba entre ellas, por su carácter y dimensión, la alcoba de la Duquesa, con su pórtico de columnas estriadas de orden jónico compuesto y pilastras de lo mismo, con adornos de pan de oro, mármol y yeso.

A este sector ampliado podía accederse por un gran patio de honor semicircular, denominado después de "la Parra", que se abría al salón de baile, en armónica prolongación, y comunicaba con la entrada principal, es decir, el gran portalón y zaguán de la calle del Príncipe, permitiendo el paso de carruajes y, por tanto, el que anfitriones e invitados pudieran apearse de los mismos a las puertas de aquel espacio festivo, para después girar los coches a mano derecha, atravesar un verja de hierro, coronada con jarrones pompeyanos, y entrar en otro desahogado patio rectangular de servicio, donde se hallaban las cuadras y caballerizas, con entradas por la calle del Capitán.

Entre los alzados destacaba indudablemente el del jardín, flanqueado por los dichos pabellones ochavados, cubiertos de plomo y con alcahofa de remate, y resuelto de modo sereno y sencillo sobre zócalo de granito y encadenados almohadillados de piedra en los extremos, sucediéndose rítmicamente los huecos, cuadrados lo superiores y rectangulares los inferiores, separados por fingidas cartelas, excepto las puertas, con sendas escalinatas.

En 1789 se concluían unas obras que habrían de multiplicar por dos su superficie, aun cuando la decoración interior todavía se realizaba en esa fecha, invadido el palacio por un verdadero ejército de artistas, que actuaban de modo extensivo, mas no notable, a juicio del viajero inglés William Beckford, que lo visitaba por entonces.

El palacio de Osuna en Aranjuez, situado en la calle del Príncipe, 23-27 c/v Capitán Angosto Gómez Castrillón, es el resultado de la reforma de la Casa de Farinelli, iniciada en 1787.



Aun cuando la finca señorial volvió a vivir un cierto periodo de esplendor al heredarla en 1851 el nieto de los reformadores, don Mariano Téllez-Giron Beaufort, XI duque de Osuna, que también la habitó esporádicamente y hay constancia de sus actuaciones, pronto entraría en un periodo de decadencia que favorecería su enajenación, paralela a la quiebra de esta aristocrática Casa, y consiguiente venta en subasta pública al vecino de Aranjuez don Cecilio López Arias en 1899, el cual la utilizaría como residencia permanente a lo largo de su vida. Sin embargo, la división del inmueble entre los descendientes de éste ocasionaría su verdadero deterioro, al introducirse propietarios diversos y con diversos intereses e incluso al alojarse usos no residenciales, impidiendo una lectura global del edificio semejante a la original.

De un tiempo a esta parte, nuevas actuaciones permiten pensar en una posible recuperación del estado original del inmueble, al menos en la mayoría de sus espacios originales más representativos, gracias a una nueva propiedad, interesada en la conformación de una comunidad y en su cuidada rehabilitación, así como en la adopción de un uso acorde a su carácter. El plan conjunto de intervención de los arquitectos Julio Gómez y Javier Martínez-Atienza ha sido un primer paso en este sentido, que no debe quedar malogrado, pues su desarrollo está basado en el respeto al pasado y a la notabilidad arquitectónica de este Palacio de los Duques de Osuna, pieza clave en la historia y el urbanismo de la ciudad de Aranjuez.

Miguel Lasso de la Vega Zamora

Bibliografía

BLASCO CASTIÑEIRA, S., 1987; GARCÍA PEÑA, C., 1996; LASSO DE LA VEGA ZAMORA, M., 2004(b y c), tomo IX, 548-552; LASSO DE LA VEGA ZAMORA, M., 2006; LÓPEZ Y MALTA, C., 1868, (facsimil 1988); MARTÍNEZ-ATIENZA RODRIGO, J., 1999; TORMO MONZO, E., 1929 (facsimil 1995); TORRIONE, M., 1996; TOVAR MARTÍN, V., 1997; TOVAR MARTÍN, V., 1998.



Una verja, flanqueada por pilares coronados con jarrones pompeyanos, sirve de separación entre el patio de honor, semicircular, y el de servicio, donde se encontraban las cuadras y cocheras (arriba). En el ala nueva, delimitada por pabellones octogonales, se ubicaban las estancias privadas señoriales, destacando el dormitorio de la Duquesa, con un pórtico de columnas estriadas, que separaba la alcoba del gabinete, con luces y vistas al jardín (abajo).